

Czeslaw Milosz

**Nunca de ti, ciudad
y otros poemas**



**BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN**



**Muestrario de
Poesía 32**





Nunca de ti, ciudad y otros poemas

Czeslaw Milosz, Polonia

Edición digital gratuita de

Muestrario de Poesía 32

Editor: Aquiles Julián, República Dominicana.

Primera edición: Febrero 2009

Santo Domingo, República Dominicana

¿Qué somos?

Muestrario de Poesía es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra poética de los grandes creadores, difundiéndola y fomentando nuevos lectores para ella. Es una iniciativa sin fines de lucro para servir, aportar, añadir valor y propiciar una cultura de diálogo, de tolerancia, de respeto, de contribución, que promueva valores sanos, constructivos, edificantes, en favor de la paz y la preservación de la vida acorde con los principios cristianos. Los libros digitales son gratuitos, promueven al autor y su obra, así como el amor por la lectura, y se envían como contribución a la educación, edificación y superación de las personas que los solicitan sin costo alguno.

Este e-libro es cortesía de:



Sol Poniente interior 144, Apto. 3-B, Altos de Arroyo Hondo III, Santo Domingo, D.N., República Dominicana. Tel. 809-565-3164

Se autoriza la libre reproducción y distribución del presente libro, siempre y cuando se haga gratuitamente y sin modificación de su contenido y autor.

Si se solicita, se enviarán copias en formato PDF vía email. Para pedirlos, enviar e-mail a intercoach.dr@gmail.com, aquiles.julian@gmail.com



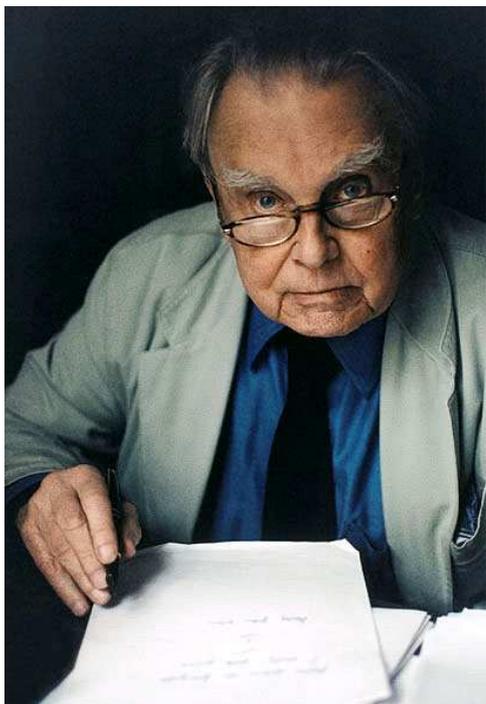
**BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN**



Contenido

Czeslaw Milosz / Seamus Heaney	4
Honesta descripción de mí mismo	10
Elegía para N.N.	10
Dádiva	12
El paisaje	12
Eso	13
Estudio de la soledad	13
Isla	14
La caída	14
Lecturas	15
No este camino	16
Conversaciones con Jeanne (fragmento)	16
Ars Poética	17
Noticias	18
Nunca de ti, ciudad	19
Tentación	19
Un poema para fin de siglo	20
Una frívola conversación	21
Una hora	22
Una vida feliz	22
Encuentro	22
Madurez tardía	23
Los muertos están ebrios	23
Despertar	24
Un cristiano pobre observa el Ghetto	25
Cuando ella llegue...	26
El rey Popiel	27
La huida	28
Una tarea	28
Prueba	28
Canción para el fin del mundo	29
Éxodo	29
Prefacio	30
Al final del siglo XX	31
Sobre la plegaria	31
En el exilio	32
Lo pronunciado se fortalece / Seamus Heaney	39
Biografía de Czeslaw Milosz	46

Czeslaw Milosz



por Seamus Heaney

Lituano de lengua polaca, poeta disidente pero crítico de la profesión de disidente, Czeslaw Milosz —de quien se puede leer en español Poesía, El pensamiento cautivo y la novela El valle de Issa, todo en Tusquets— encarna, en su escritura y en su vida, una de las conciencias morales y estéticas más ejemplares del siglo XX. Otro Premio Nobel, Seamus Heaney, hace el admirado retrato de uno de los exponentes más destacados de lo que se ha dado en llamar "poesía del mundo".

Nacido en Lituania en 1911, Czeslaw Milosz es nuestro poeta secular no sólo porque es coetáneo del saeculum, sino porque el sintagma "el siglo" aparece una y otra vez en su obra. Década tras década, la historia de su vida y la historia de su tiempo han caminado paralelas. Estudiante en Vilna y París durante los años veinte y miembro de la vanguardia literaria polaca en los treinta. Comprometido con la Resistencia de su país y testigo en los años cuarenta de la destrucción del ghetto de Varsovia y de la derrota que el Levantamiento infligió a los nazis, tras lo cual obtuvo el cargo de agregado de la embajada de la República Popular en Washington. Luego de su ruptura con el régimen en la década de los cincuenta, se convirtió en un intelectual exiliado en Francia: su equivalente a los cuarenta días en el desierto. En los sesenta, coincidiendo con el apogeo estival de sus poderes poéticos, fue profesor de lenguas eslavas en la Universidad de California, en Berkeley, un Salomón entre los muchachos de las flores. En los setenta, todavía en plena vena creativa, su status cambió de escritor émigré a visionario de talla mundial. En los ochenta, laureado con el premio Nobel, fue una fuerza política y moral en la Polonia de Solidaridad. Y en los noventa, un prodigio de incesante vitalidad imaginativa, una voz situada a medio camino entre los extremos de Orfeo y Tiresias.

Cronológicamente, pues, Milosz es casi tan viejo como el siglo, pero culturalmente su vida comprende el milenio que está a punto de concluir. Nacido en el seno de una familia católica en las tierras boscosas de Lituania, creció en una cultura que aún tenía memoria de ciertas creencias populares y oscurantistas y de los fulgentes sistemas de la escolástica medieval y el neoplatonismo renacentista. Su experiencia de las crisis ideológicas y militares provocadas por el marxismo y el fascismo hacia mediados de este siglo podría equipararse a las crisis de la Reforma y las guerras de religión que marcaron el

ecuador del milenio, del mismo modo que su abandono del extremismo ideológico en los años cincuenta en beneficio de una mentalidad más volteriana podría corresponder al periodo de la Ilustración. Le siguió una etapa romántica, signada por una adhesión absoluta a la poesía y una confianza plena en su "alma profética", y ha terminado instalándose en lo alto de una colina con vistas a la Bahía de San Francisco, como un sabio en su montaña, manteniendo la gravedad del ser al tiempo que respira el aire cada vez más ingrátido, tardo-capitalista y posmoderno de California.

Sin embargo, nada de esto importaría gran cosa si no hubiera recibido el don de, según lo define W. B. Yeats, "articular dulces sonidos juntos". La poesía de Milosz, incluso en traducción, cumple con la vieja expectativa de que la poesía debe deleitar al tiempo que instruir. Ostenta un equilibrio magnífico. La aguja se mantiene firme entre el principio de realidad y el principio de placer: Próspero y Ariel se afanan en poner su peso a ambos lados del argumento. Milosz habita en el medio, a veces trágica y a veces deliciosamente, pues no reniega jamás de sus vislumbres del cielo en la tierra ni de la certeza de que este mundo es un valle de lágrimas.

Hay algo de Virgilio en esta combinación de suspicacia idealista y comprensión melancólica. De hecho, hay algo de Virgilio en el arco total del destino de Milosz, lo mismo como hombre que como poeta. Al igual que el autor latino, Milosz es un niño del campo, que inicia su andadura a ras de suelo, con el grano que madura y los animales que pastan, y la concluye en el equivalente en nuestro siglo de la corte imperial. Ambos poetas han dejado una obra juvenil que es confiadamente "lírica" y que "canta la gloria de las cosas por lo que son", mientras que, en su madurez, y en obras más extensas y elaboradas, han procedido a expresar de manera vibrante y caudalosa su percepción de las *lacrimae rerum*. El tema central de estas obras son "las armas y el ser humano", y el tono de su poesía se hace por momentos más doliente.

Por ejemplo, una obra relativamente temprana de Milosz, una secuencia lírica escrita durante la guerra y titulada "El mundo: Un poema ingenuo", es una suerte de equivalente en el siglo XX de las *Églogas* de Virgilio. Los cabreros de Virgilio tocan sus flautas rústicas y participan en certámenes musicales en un érase-una-vez en el que sin embargo planea el fantasma de la realidad contemporánea. Los desahucios, las confiscaciones de tierra y el estrago de las guerras que siguieron al asesinato de Julio César son el fondo oscuro que sostiene el espejo de sus pastorales. Su famosa *Égloga* cuarta o milenarista, que los apologistas cristianos leerían más tarde como una profecía del nacimiento de Cristo, fue casi con toda certeza una celebración del Tratado de Brindisi, firmado en el año 40 a. de. C. por Marco Antonio y Octavio, de ahí que su visión de un regreso a la Edad de Oro sea la expresión cifrada de una esperanza de paz venidera para el mundo romano, aunque todo lo que el futuro inmediato les reservara fuera la batalla de Accio.

"El mundo", que ocupa un lugar semejante entre lo idílico y lo

político, se imprimió originalmente en condiciones clandestinas, en una imprenta manual de Varsovia. En el mismo instante en que los nazis ocupaban la ciudad y los campos de concentración se abrían como bocas infernales por toda Europa, Milosz alzó los ojos a la luz solar y copernicana de su hogar infantil, un territorio donde los ángeles guardianes flotaban en el aire y la seguridad de la casa familiar era percibida como una garantía universal y eterna de armonía y benignidad. El estilo del poema pretende evocar la caligrafía de un cuaderno escolar, con sus tipos grandes y simplificados, y esta sección, titulada "El porche", es la tercera en una serie de veinte:

El porche, con su puerta que mira hacia el oeste
 Y sus grandes ventanas, toma el calor del sol.
 Desde aquí, todo en torno, puedes tender la vista
 Sobre el agua, los árboles, los prados y un sendero.

Pero cuando los robles se han cubierto de verde
 Y la sombra del tilo divide los parterres,
 El mundo, en la distancia, se torna una corteza azul, dudosa,
 Una sombra que las hojas llenan de motas.

Aquí, junto a una mesa, dos hermanos
 Dibujan de rodillas escenas de batalla o cacerías.
 Una lengua rosada entre los labios se afana en empujar
 Las formas de los buques, y uno de ellos naufraga.

En él ánimo del poeta estaba conjurar una visión de la tierra de Arcadia, desde el convencimiento irónico de que la única línea de defensa entre esa tierra y la tierra de las pesadillas era la frontera de la escritura, la línea que es preciso trazar entre lo imaginado y lo padecido. Como en el caso de Virgilio, la felicidad del arte era en sí misma un recordatorio desgarrador de la desolación de los tiempos.

No tiene sentido forzar el paralelismo con Virgilio. La imagen que define la imaginación de cada poeta al nacer es la de un niño mecido y acunado en un caparazón, y en cada caso la experiencia de este mundo-caparazón veló gradualmente su entendimiento y bloqueó en gran medida la luz del mundo-cuna, aunque la luz misma no dejó de manar. Baste decir que el retrato de Virgilio que el gran poema en prosa de Hermann Broch sobre su muerte llevó a los altares, el retrato de un hombre alucinado en el centro del universo de la real-politik, un hombre sojuzgado por la memoria incluso a medida que se le empleaba como profeta, un hombre atareado en las galerías subterráneas del lenguaje y a quien otros tenían por guía en los pasillos del poder; baste decir que ese retrato es igualmente adecuado a la figura del poeta que Milosz creó para nuestro siglo.

Uno de los desafíos que W. B. Yeats le plantea al artista lo bastante privilegiado como para "articular dulces sonidos juntos" es el de procurar que "la civilización no naufrague" y llevar a cabo "la gran tarea del intelecto espiritual". "No hay tarea grande", declaró Yeats en su poema "El Hombre y el Eco", "que no limpie la tabla sucia del hombre".

Milosz no eludió esta labor de vigilancia y corrección, y sus escritos en prosa sobre los dilemas morales y políticos de su tiempo son un respaldo indispensable de su poesía y sus novelas. En un libro como *La mente cautiva*, Milosz se mostró a la altura de las circunstancias históricas con una obra que dice j'accuse a los miembros de su generación en Polonia, los colegas artísticos e intelectuales que, bien por ardor ideológico, bien por cansancio, se derrumbaron en brazos del marxismo. Pero lo que le da al libro una ventaja sobre otros frutos polémicos de la guerra fría es el hecho de que también afirma: "En mi camino sólo rindo cuentas ante la gracia de Dios y ante mi propia soledad." La claridad y el rigor de sus racionalizaciones le sitúan en el mismo plano que Orwell, pero detrás de los análisis políticos e intelectuales uno percibe que su autor está siendo testigo de un drama mucho más antiguo, la lucha entre Dios y el diablo por hacerse con el alma del hombre común (el *Everyman* de los autos sacramentales del Medioevo).

En otras palabras, Milosz será recordado como alguien que mantuvo con vida la idea de responsabilidad individual en una edad de relativismo. Su poesía reconoce la inestabilidad del sujeto y nos muestra una y otra vez la conciencia humana como un ámbito de discursos contendientes, mas no permite que esta concesión niegue el mandato inmemorial que nos conmina a la firmeza moral y de espíritu. Algo así, en cualquier caso, deja claro en un poema llamado "*Ars Poetica?*", donde el signo de interrogación en el título no es un gesto trivial, sino una forma de reconocer sus dudas sobre el valor de la vocación poética, una duda por lo demás tan seria como la que podía albergar un cristiano del XIX sobre la verdad literal del Libro del Génesis:

El fin de la poesía es recordarnos
Cuán difícil es ser una sola persona,
Pues tenemos la casa abierta, no hay llaves en las puertas,
E invisibles huéspedes entran y salen a su gusto.

Hay mucho en juego de principio a fin en la poesía de Milosz. Después de todo, la tradición humanista cristiana —la tradición en que nació y que tuvo un efecto tan formativo en su sensibilidad— fue objeto de amenazas y asedios desde el mismo momento en que su autor tuvo conciencia de sí. Lo que ha nutrido y enriquecido su imaginación es una visión fundamentalmente religiosa, basada en la doctrina de la Encarnación. Esto supone un asentimiento a la desnuda y asombrosa proposición de que mediante la encarnación del Hijo de Dios en la figura de Cristo lo eterno ha intersecado con el tiempo, y que mediante esa intersección los seres humanos, con todo y ser criaturas temporales, tienen acceso a una realidad fuera del tiempo. Tal, después de todo, es la visión que nos ha dado buena parte de lo que es glorioso en el arte y la arquitectura occidentales —la catedral de Chartres y *La Divina Comedia*, *El libro de Kells* y *Paraíso perdido*, el canto gregoriano

y la Capilla Sixtina— y que todavía transporta a este poeta a ocasionales pronunciamientos sinfónicos.

"Tal vez olvidamos con demasiada facilidad", dijo Milosz en una entrevista, "la mutua hostilidad de siglos entre, por un lado, la razón, la ciencia y la filosofía de inspiración científica y, por otro, la poesía". La figura del poeta como alguien encargado de una misión secreta y que custodia verdades vitales le resulta muy atractiva. La memoria cultural, viene a decir la obra de Milosz, es necesaria para la dignidad y la supervivencia humanas. La pretensión que hay detrás del uso de grandes modelos preconcebidos en sus poemas es que se escuchen como variaciones de temas antiguos; son patrones que reconocen la aparente fragilidad del trabajo llevado a cabo por artistas y visionarios, pero que aun así lo contraponen sin cesar al trabajo realizado por los ejércitos y otras formas de fuerza opresiva. Las líneas que siguen —que no son sino un canto en honor a la composición poética— constituyen un pasaje de esta índole y conforman el movimiento inaugural de la serie "Desde la salida del sol", escrita en Berkeley a principios de los setenta:

Sea lo que sea lo que lleve en la mano, un punzón, un junco,
una pluma de ave o un bolígrafo,
Dondequiera que esté, sobre las baldosas de un atrio, en la
celda de un claustro, en un salón frente al retrato de
un rey,
Atiendo asuntos que me han encargado en las provincias.
Y comienzo, aunque nadie puede explicar por qué y para qué.
Tal como lo hago ahora, bajo una nube azul oscuro con un
destello de azabache.
Los sirvientes están ocupados, lo sé, en cámaras subterráneas,
Haciendo crujir rollos de pergamino, preparando la tinta de
color y la cera de los sellos...

*

Vastos territorios. Brumosos trenes parpadeantes.
Los niños caminan junto a un descampado, todo es gris más
allá de una aldea estonia.
Royza, capitán de la caballería. Mowczan. Furiosos
ventarrones.
Nunca más me arrodillaré en mi pequeño país, junto a un río,
Para que lo pétreo en mí se pueda disolver,
Para que nada quede sino mis lágrimas, lágrimas.

Todo lo que me resulta digo de admiración y de confianza en la poesía de Milosz, todo aquello a lo que vuelvo una y otra vez, se halla en estas líneas. El aquí y el cualquier sitio, el ahora y el siempre del momento poético. Aquello que es existencialmente urgente y necesario, pero que ha sido pensado y captado en el lúcido orden de la poesía misma. Cada una de las asociaciones que invocan estas líneas es una clarificación de un misterio no enigmático. Hay algo inevitable en su interior, una

sensación de que estamos en presencia de una fuente de sentido.

"¿Qué es la poesía —se preguntó Milosz en una ocasión— si no puede salvar/ a una Nación o una persona?" La naturaleza exorbitante de esta pregunta es connatural a un superviviente de tiempos oscuros, alguien a quien los sucesos del Holocausto pasaron rozando, y muchos de cuyos contemporáneos murieron en los tiroteos callejeros del Levantamiento de Varsovia. Pero, no obstante esta autoacusación, Milosz es un poeta digno de su siglo porque jamás se ha olvidado de la terrible realidad de estos eventos. Al término de una conferencia en su honor a la que asistí en Los Ángeles en 1998, dijo, cosa típica en él, que si bien se habían discutido numerosos asuntos, no se había prestado suficiente atención al sufrimiento humano. No obstante, en el interior de este hombre que nos recordaba el sufrimiento, que había visto a los tanques borrar países y pueblos europeos, y que había visto llegar las bolsas de cadáveres de Vietnam en el momento candente de la cultura alucinógena de Haight Ashbury; en el interior de este hombre, digo, sobrevivía el niño que había hecho la primera comunión en la edad de la Inocencia; y a pesar de que el "fracaso humano" era algo evidente para el adulto, ello jamás supondría una negación de los raptos y momentos de trance de aquel niño.

Milosz es un gran poeta y tiene un lugar en el panteón del siglo XX porque su obra satisface el apetito de gravedad y alegría que el término "poesía" despierta en todos los idiomas. Restaura la eternidad del niño a la orilla de las aguas, pero expresa igualmente el desaliento del adulto al descubrir que su nombre "está escrito en el agua". En lo que a nosotros concierne, nos ayuda a preservar la fe en aquellos momentos en que estamos súbitamente alertas a la dulzura que es vivir en un cuerpo, pero no nos absuelve de las responsabilidades y castigos que supone ser parte de la vida de nuestro tiempo.

A fin de celebrar este logro, pues, y de dar un ejemplo más de cómo las cosas que pueden parecer endebles o inútiles se pueden transfigurar con la poesía, convertidas en vínculos vitales para el espíritu, concluiré citando la totalidad de un breve poema escrito por Milosz hace más de cuarenta años. El título viene de la primera línea, "Lo que una vez fue grande":

Lo que una vez fue grande, ya se volvió pequeño.
Los reinos se desvanecían como bronces cubiertos por la nieve.

Lo que antes golpeaba, ahora no golpea.
Las tierras celestiales ruedan, ruedan y brillan.

Echado sobre el césped a la orilla de un río,
Como en los viejos tiempos, lanzo mis lanchas de corteza. ~

Honesta descripción de mí mismo

Tomándome un whisky en un aeropuerto,
digamos que en Mineápolis

Mis oídos captan cada vez menos las conversaciones,
mis ojos se debilitan, pero siguen siendo insaciables.

Veo sus piernas en minifalda, en pantalones o envueltas
en telas ligeras.

A cada una la observo por separado, sus traseros y
sus muslos, pensativo, arrullado por sueños porno.

Viejo verde, ya sería tiempo de que te fueras a la tumba
en lugar de entretenerte con juegos y diversiones de jóvenes.

No es verdad, hago solamente lo que siempre he hecho,
ordenando las escenas de esta tierra bajo el dictado
de la imaginación erótica.

No deseo a esas criaturas en particular, lo deseo todo,
y ellas son como el signo de una relación extática.

No es mi culpa que así estemos constituidos: la mitad
de contemplación desinteresada y la mitad de apetito.

Si después de morir me voy al cielo, tendrá que ser
como aquí, sólo que liberado de estos torpes sentidos,
de estos pesados huesos.

Transformado en mirar puro, seguiré devorando las
proporciones del cuerpo humano, el color de los lirios,
esa calle parisina en un amanecer de junio, y toda la
extraordinaria, inconcebible multiplicidad de las cosas visibles.

Elegía Para N. N.

Si es demasiado lejos para tí, dilo.
Habrías podido correr sobre las pequeñas olas del Báltico,
atravesar el campo de Dinamarca, la floresta de hayas,
virar hacia el océano, y ya está, cerca,
el Labrador, blanco en esta estación del año.
Tú, que soñabas una isla solitaria,

si temes las ciudades, el parpadeo de los fuegos sobre las autorrutas,
habrías podido tomar el camino de los bosques sordos,
sobre torrentes revueltos y azules, y rastros del ciervo y del reno,
hasta las Sierras, hasta las minas de oro abandonadas.
El Río Sacramento te habría llevado entonces,
por entre las colinas recubiertas de encinas espinosas.
Todavía un bosque de eucaliptos, y estarás en mi casa.

Es cierto, cuando la manzanita florece,
y la bahía es azul en las mañanas de primavera,
yo pienso a mi pesar en la casa entre lagos
y en las redes recogidas bajo el cielo Lituano.
La cabaña donde te despojabas de tu traje antes del baño
se cambió para siempre en un cristal abstracto.
Y en él está la oscura miel de la tarde, junto al balcón,
y las pequeñas lechuzas, graciosas, y el olor de los arneses.

Cómo podíamos vivir entonces, yo no puedo decirlo.
Las costumbres, los trajes, vibran imprecisos,
inconsistentes, tensos hacia el final.
Es tal vez que pensábamos en las cosas tal como son?
El saber de los años fogosos ha enrojecido los caballos ante la forja,
y las pequeñas columnas en el mercado de la aldea,
y los peldaños de madera y la peluca de Mamá Fliegeltaub.

Mucho hemos aprendido, tú bien lo sabes:
cómo nos es quitado, cosa por cosa, todo aquello que no podía ser,
la gente, las comarcas.
Y el corazón no muere cuando uno creyó que debería,
pero sonreímos, el té y el pan sobre la mesa.
Sólo el remordimiento de no haber amado como se debe
esa pálida ceniza de Sachsenhausen
con un amor absoluto, que no está a la medida del hombre.

Tú te has acostumbrado a nuevos inviernos, húmedos,
a la ciudad donde la sangre del propietario alemán
fue raspada de los muros, y a donde él jamás regresó.
Tampoco yo he llevado más de lo que podía, ciudades y país.
No se puede entrar dos veces en el mismo lago,
sobre hojas descompuestas de abedul,
y quebrando una estrecha estría de sol.

Tus faltas y las mías, no fueron grandes faltas,
tus secretos y los míos, no eran grandes secretos.
Cuando te anudan la mandíbula con un pañuelo,
cuando te ponen una cruz entre los dedos,
y a lo lejos un perro ladra, brilla una estrella.

No, no es porque estés tan lejos
que no has venido el otro día, la otra noche.
De año en año madura en nosotros y nos invadirá,
yo, como tú, lo he comprendido: la indiferencia.

Dádiva

Un día muy feliz.
La niebla se levantó pronto, trabajé en el jardín.
Los colibrís se demoraban sobre las madre selvas.
No había cosa en la tierra que yo deseara poseer.
Sabía que no merecía la pena que envidiase a nadie.
Cualquier mal que hubiera sufrido, lo olvidé.
Pensar que una vez fui el mismo hombre no me molestaba.
En el cuerpo no sentía dolor.
Cuando me estiré, vi el mar azul y velas.

El paisaje

El paisaje no necesitaba nada excepto glorificación.
Excepto mensajeros reales que trajeran sus dones:
Un nombre con un atributo y un verbo inflexivo.
Si solamente preciosos robles copiosamente brillaran
Cuando nuestros bravos estudiantes, en un camino sobre el valle,
Pasean y cantan "La Oda a la Alegría".
Si al menos un solitario pastor grabara cartas en una corteza.

El paisaje no necesitaba nada excepto glorificación.
Pero no existían mensajeros. Matorrales, oscuras gargantas,
Bosque colgando del bosque, pájaro de largo gemido.
Y quién aquí podría iniciar una frase?
El paisaje era, quien conoce, probablemente hermoso.
Allá abajo, todo estaba derrumbándose: las salas del castillo,
Las callejuelas detrás de la catedral, los bordellos, las tiendas.
Y ni un alma. Por tanto, de dónde podrían venir mensajeros?
Después de olvidados desastres, yo estaba heredado a la tierra,
Abajo, a la playa del mar y, arriba, a la tierra, al sol.

Eso

Ojalá por fin pudiera decir qué está en mí.
Gritar: gente, les mentí
diciendo que eso no estaba en mí,
cuando eso está ahí siempre, días y noches.
Aunque gracias a eso supe describir sus ciudades inflamables,
sus cortos amores y juegos desmembrándose en humus,
aretes, espejos, el deslizar de un tirante,
escenas de alcoba y de campos de batalla.
Escribir fue para mí estrategia de protección,
de borrar las huellas. Porque a la gente no puede gustarle
aquél que alcanza lo prohibido.

Llamo en mi ayuda a los ríos en los que nadé, lagos
con puentecillos entre cedazos, valle
en cuyo eco la canción duplica la luz del anochecer,
y confieso que mis extáticos halagos a la existencia
sólo pudieron ser entrenamientos de alto estilo,
Pero abajo estaba eso, que no me atrevo nombrar.

Eso se parece al pensamiento de alguien sin hogar, cuando
atraviesa la ciudad ajena, congelada.

Se asemeja al momento cuando un judío cercado ve aproximarse
los pesados cascos de los gendarmes alemanes.

Eso es cuando el hijo del rey se dirige a la ciudad y ve el mundo
real: pobreza, enfermedad, vejez y muerte.

Eso puede ser comparado con el inmóvil rostro de alguien
que entendió que fue abandonado para siempre.

O con las palabras del médico sobre la sentencia inevitable.

Porque eso significa enfrentar un muro de piedra
y entender que ese muro no cederá ante ninguna de nuestras súplicas.

Estudio de la soledad

Un guardián de conductos de larga-distancia en el desierto?
Un equipo de un solo hombre para una fortaleza en la arena?
Quienquiera que él fuera. Al alba vió las surcadas montañas
El color de las cenizas, encima la fundida oscuridad,

Saturada de violeta, irrumpiendo en un fluido carmín,
Aún permanecerían, inmensos, en la luz naranja.
Día tras día. Y, antes que lo notara, año tras año.
Para quién, pensó, ese esplendor? Para mí, solitario?
Aún permanecerá aquí por mucho tiempo después que yo perezca.
Qué es eso en el ojo de una lagartija? O cuándo fué visto
 por un pájaro migratorio?
Y si yo soy toda la humanidad, existe ella a si misma sin mí?
Y sabía que no se acostumbraba pregonarlo, por ninguno de ellos
se salvaría.

Isla

Piense como quiera acerca de esta isla, la blancura de su
 océano, grutas
cubiertas de viñedos, violetas, manantiales.
Estoy atemorizado, para poder recordarme difícilmente
 allá, en una de esas
mediterráneas civilizaciones desde las cuales uno debe
 navegar lejos, a través de
la lobrete y el susurro de los icebergs.
Aquí un dedo señala los campos en filas, los perales, una
 brida, la yunta de un
cargador de agua, cada cosa encerrada en cristal y,
 entonces, yo creo que,
sí, una vez viví allá, instruido en esas costumbres y maneras.

Me acomodo el abrigo escuchando la marea cómo asciende,
 balanceo
y lamento mis necios caminos, pero aún si hubiera sido
 sabio habría fracasado
al cambiar mi destino.

Lamento mis necesidades entonces y más tarde y ahora, por
 lo cual mucho
me gustaría ser perdonado.

La caída

La muerte de un hombre es como la caída de una poderosa nación
Que tuvo valientes ejércitos, capitanes y profetas,

Y ricos puertos y barcos en todos los mares,
Pero ahora no socorrerá ninguna sitiada ciudad,
No entrará en ninguna alianza,
Porque sus ciudades están vacías, su población dispersa,
Su tierra que una vez proveyó de cosechas está saturada de cardos,
Su misión olvidada, su lengua perdida,
El dialecto de un pueblo puesto sobre inaccesibles montañas.

Lecturas

Usted me preguntó qué es lo bueno de leer El Evangelio en Griego.
Yo respondo que eso es propio de nosotros mover nuestro dedo
A lo largo de las letras que perduran más que esas grabadas en la
piedra,
Y que, despaciosamente pronunciando cada sílaba,
Descubrimos la verdadera dignidad de la palabra.
Compelido a ser obsequioso pensaremos esa época
No es más distante que ayer, aunque las cabezas de los Césares
En monedas sean diferentes hoy. Aún hasta esto es la misma eternidad.
Miedo y deseo son lo mismo, aceite y vino
Y pan significan lo mismo. Por tanto la misma veleidad de la multitud
Ávida de milagros como en el pasado. Todavía costumbres,
Fiestas de bodas, drogas, lamentaciones por la muerte
Solamente parecen diferir. Por consiguiente, también, por ejemplo,
Hubo muchos a quienes el texto llama
Daimonizomenoi, esto es, los endemoniados
O, si usted prefiere, lo diabólico (Lo de "los pocesos" es el capricho
de un diccionario).
Convulsiones, espumarajos, rechinar de dientes
No se consideraron signos de talento.
lo diabólico no tuvo acceso a la impresión y a las pantallas,
escasamente comprometidas en artes y literatura.
Pero la Parábola Evangélica permanece con fuerza:
que el espíritu dominándolos puede entrar en puercos,
El cual, exasperado por semejante repentino choque
Entre dos naturalezas, la de ellos y la de Lucifer,
Salta dentro del agua y se ahoga (ocurre repetidamente).
Y, así, en cada página, un persistente lector
Va veinte centurias como veinte días
En un mundo que un día vendrá a su fin.

No este camino

Perdóname. Yo fui un intrigante como muchos de esos que se deslizan furtivamente por las humanas habitaciones de la noche.

Yo calculé la posición de los guardias antes de arriesgarme a acercarme a las fronteras cerradas.

Conociendo más, pretendí satisfacer menos, a diferencia de esos que dan testimonio.

Indiferente al cañoneo, al clamor en la maleza y a la burla.

Deja a los sabios y a los santos, pensé, trae un don a toda la Tierra, no meramente al lenguaje.

Yo protejo mi buen nombre para que el lenguaje sea mi medida.

Un bucólico, un lenguaje pueril que transforma lo sublime en cordial.

Y el ritmo o el salmo de maestro de coros cae aparte, únicamente un cántico permanece.

Mi voz siempre careció de plenitud, me gustaría dar una acción de gracias diferente.

Y generosamente, sin la ironía que es la gloria de los esclavos.

Más allá de siete fronteras, bajo la estrella de la mañana.

En el lenguaje del fuego, del agua y de todos los elementos.

Conversación con Jeanne.

(fragmento)

.....

Tienes razón Jeanne, no se como ocuparme de la salvación de mi alma.

Algunos son llamados, otros lo manejan lo mejor que pueden.

Lo acepto, lo que me ha ocurrido es justo.

No pretendo la dignidad de un sabio de gran edad.

Intraducible en las palabras, elegí mi hogar en lo que es ahora,

En las cosas del mundo, las cuales existen y, por esa razón, nos encantan:

La desnudes de una mujer en la playa, los cobrizos conos de su pecho,

Hibisco, alamanda, un lirio rojo, devorando

Con mis ojos, labios, lengua, el jugo de la guayaba, el jugo de la prune

de Cythère,
Ron con hielo y jarabe, lianas-orquídeas
En una selva tropical, en donde los árboles están parados en los zancos
de sus raíces."

La muerte, dices tú, la mía y la tuya, más cerca y más cerca,
Sufrimos y esta pobre tierra no es suficiente.
La tierra púrpura-negra de huertos
Estará aquí, también mirada o no.
El mar, como hoy, respirará en sus profundidades.
Pequeño crezco, desaparezco en la inmensidad, más y más libre.

Ars poetica

Siempre he aspirado a una forma mucho más amplia
Que, libre de las aspiraciones de la poesía y la prosa,
Nos dejase entendernos sin exponer
A lector y autor a sublimes agonías.
En la esencia misma de la poesía hay algo indecente:
Expresamos cosas que ignorábamos tener en nosotros.
De modo que parpadeamos como si hubiera
saltado un tigre
Y estuviese en la luz moviendo la cola.
Por eso dicen justamente que un demonio dicta la poesía,
Aunque es exagerado sostener que se trata de un ángel.
Es arduo adivinar de dónde viene el orgullo de los
poetas
Cuando tan a menudo quedan avergonzados
por la revelación de su fragilidad.
¿Qué persona razonable sería una ciudad de demonios
Que se portan a sus anchas, hablan en muchas lenguas
Y, no satisfechos con robarle sus labios y sus manos,
Trabajan en cambiarle el destino para su convivencia
infernial?
Es cierto que hoy se aprecia mucho lo mórbido;
Por tanto acaso pienses que sólo estoy bromeando
O simplemente has encontrado otros medios
De alabar el arte sin ayuda de la ironía.
Hubo un tiempo en que sólo los libros sabios eran leídos
Y nos ayudaban a soportar nuestro dolor y sufrimiento.
Esto, después de todo, no es lo mismo
Que hojear cientos de obras recién salidas de clínicas
psiquiátricas.
Y sin embargo es diferente de lo que parece
Y nosotros somos distintos de cómo nos vemos
en nuestros delirios.

Por tanto las personas preservan su identidad silenciosa
Y ganan el respeto de sus parientes y vecinos.
El propósito de la poesía es recordarnos
Qué difícil es seguir siendo una sola persona,
Ya que está abierta nuestra casa, no tiene llaves
Y huéspedes invisibles entran y salen a su antojo.
De acuerdo, no es poesía lo que ahora digo:
Los poemas deben escribirse rara vez y de mala gana,
Bajo penas intolerables y sólo con la esperanza
De que los buenos espíritus, no los malos, nos elijan
como instrumento.

Noticias

De la terrena civilización, qué diremos?

Que fué un sistema de coloreadas esferas vaciadas en vasos ahumados,
Donde un luminiscente hilo líquido se mantuvo envuelto y desenvuelto.

O que fué una imponente colección de repentinos resplandores de
palacios
Destrozados a tiros desde una cúpula de macizas puertas
Detrás de la cual anduvo un monstruo sin rostro.

Que cada día se echaron las suertes, y que quienquiera que se arrastró
bajo
fué conducido hasta allá como sacrificio: ancianos, niños,
muchachas y muchachos.

O pudiera ser de otra manera: que vivimos en un vellocinio de oro,
en una red de arco-iris, en un capullo de nube,
Suspendidos de la rama de un árbol galáctico.
Y nuestra red fué tejida de materia de signos,
Jeroglíficos para el ojo y el oído, amorosos anillos.
Un sonido retumbado adentro, esculpiendo nuestro tiempo,
El pestañeo, aleteo, gorjeo de nuestro lenguaje.

Que nosotros pudimos tejer la frontera
Entre dentro y sin, luz y abismo,
Si no, desde nosotros mismos, desde nuestro propio cálido aliento,
Y lápiz labial y gasa y muselina,
Desde el latido del corazón cuyo silencio hace el mundo morir?
O quizá, no diremos nada de la terrena civilización.
Para que nadie realmente conozca lo que fue.

Nunca de ti, ciudad

Nunca de ti, ciudad, he podido irme.
Larga fue la milla, pero algo me retrocedía como a una
pieza en el ajedrez.
Huía yo por la tierra que rodaba cada vez más rápida
Y siempre estuve ahí: con los libros en mi morral de lona,
Clavando los ojos en las pardas colinas detrás de las torres
de Santiago
Donde se mueven un pequeño caballo y un hombre pequeño
detrás del arado,
Ciertísimamente desde hace mucho ya muertos.
Sí, es verdad, nadie comprendió la sociedad ni la ciudad,
Los cines Lux y Helios, los letreros de Halpern y Segal,
El paseo en la calle de San Jorge, llamada de Mickiewicz.
No, no los comprendió nadie. Nadie lo ha logrado.
Pero cuando la vida transcurre en una sola esperanza:
De algún día ya sólo quedan claridad y distinción,
Entonces, muy a menudo, da pena.

Tentación

Bajo un cielo de estrellas estuve paseando,
En una sucesión de ciudades desconocidas de neón,
Con mi compañero, el espíritu de la desolación,
Quien corriendo a mi alrededor y sermonizando
Me dijo que yo no era necesario, por si no yo, entonces alguien más
Estaría caminando aquí, tratando de comprender su edad.
Si hubiera muerto hace tiempos, nada hubiera cambiado.
Las mismas estrellas, ciudades y países
Serían vistos con otros ojos
El mundo y sus trabajos continuarían como de costumbre.

Por el amor de Cristo, apártese de mí.
Usted ya me ha atormentado suficiente, dije.
No es a mí a quien corresponde juzgar el llamado de los hombres.
Y mis méritos, si alguno existiere, no los conoceré de todas formas.

Un poema para final de siglo

Cuando todo estaba bien
Y el concepto de pecado había desaparecido
Y la tierra estaba lista
En paz universal
Para consumir y disfrutar
Sin dogmas y utopías,

Yo, por razones desconocidas,
Rodeado por los libros
De profetas y teólogos,
De filósofos, poetas,
Buscaba una respuesta,
Frunciendo el ceño, gesticulando,
Caminando de noche, refunfuñando al amanecer.

Lo que me oprimía en demasía
Era un poco vergonzoso.
Hablando de ello en voz alta
No mostraría ni tacto ni prudencia.
Podría incluso parecer un agravio
En contra del bienestar de la humanidad.

¡Ay de mí!, mi memoria
No quiere dejarme
Y en ella, la vida comienza
Cada una con su propio dolor,
Cada una con su propio morir,
Con su propia turbación.

¿Por qué entonces la inocencia
En playas paradisíacas,
Un cielo impoluto
Sobre la iglesia de la higiene?
¿Será porque eso
fue hace mucho?

A un hombre santo
-Así dice un cuento árabe-
Dios le dijo con maldad:
"He revelado a tu pueblo
Cuán gran pecador eres,
Ellos no te podrán alabar."
"Y yo", contestó el devoto,
"Les he descubierto a ellos
Cuán misericordioso eres,
Ellos no se preocuparán por ti."

¿A quién recurriría
Con asunto tan oscuro
De dolor y también de culpa
En la estructura del mundo,
Si ninguno aquí abajo
O allá arriba en las alturas
Puede abolir
La causa y el efecto?

No piensen, no recuerden
La muerte en la cruz,
Aunque cada día Él muera,
El único, el siempre-amado,
Aquél que sin necesidad alguna
Consintió y permitió
Existir a todo lo que es,
Incluyendo las garras de tortura.

Completamente enigmático
Enredo imposible.
Mejor dejar de hablar aquí.
Este lenguaje no es para personas.
Bendita sea la jubilación.
Vendimias y cosechas.
Aun si nadie
Tiene la serenidad garantizada.

Una frívola conversación

-Mi pasado es un estúpido viaje de mariposa en ultramar
Mi futuro es un jardín donde un cocinero corta el cuello de un gallo.
Qué tengo, con toda mi pena y mi rebelión?

-Tome un momento, uno exactamente, y cuando su fina concha,
Dos palmas reunidas, despaciosamente se abre
Qué ve usted?

-Una perla, un segundo.

-Dentro un segundo, una perla, en esa estrella salvada del tiempo,
Qué ve usted cuando el viento de la mutabilidad cesa?

-La tierra, el cielo y el mar, barcos ricamente cargados,
Mañana de primavera llena de rocío y remotos principados.
Maravillas desplegadas en tranquilo esplendor
Yo miro y no deseo porque me encuentro plenamente satisfecho.

Una hora

Hojas que brillan con el sol, celoso zumbido de abejorros,
Desde lejos, desde algún lugar allá del río, ecos de prolongadas voces
Y lentos sonidos de un martillo, me dieron la alegría no solamente a mí.
Antes, los cinco sentidos, estaban abiertos y, más temprano
 que en cualquier comienzo,
Esperaron, listos, por todos los que a sí mismos se llamaran mortales,
Para que de este modo ellos pudieran alabar, como yo hago, vida,
 eso que es la felicidad.

Una vida feliz

Su antigua edad cayó en años de abundante cosecha.
No había terremotos, sequías o inundaciones.
Parecía como si el cambio de las estaciones ganara en constancia,
Las estrellas crecían vigorosas y el sol aumentaba su poder.
Aún en remotas providencias no se agitaba la guerra.
Las generaciones crecían amistosas hacia el prójimo.
La naturaleza racional del hombre no era un motivo de irrisión.

Era amargo decir adiós a la tierra renovada.
Estaba envidioso y avergonzado de su duda,
Contento de que su lacerada memoria desaparecería con él

Dos días después de su muerte un huracán arrasó las costas.
Humo vino de los volcanes inactivos por un centenar años.
La lava se extendió por los bosques, viñedos y poblados.
Y la guerra comenzó con una batalla en las islas.

Encuentro

Estuvimos paseando a través de los campos
en un vagón al amanecer.
Una herida rosa roja en la oscuridad.

Y de pronto una liebre atravesó la carretera.
Uno de nosotros la señaló con la mano.
Eso fue hace tiempos. Hoy ninguno de ellos está vivo,
Ni la liebre, ni el hombre que hizo el ademán.

Oh, amor mío, dónde están ellos, a dónde han ido?
El destello de una mano, la línea de un movimiento,
el susurro de los guijarros.
Pregunto no con tristeza, sino con asombro.

Madurez tardía

Tarde, ya en el umbral de mis noventa años
se abrió la puerta en mí y entré
en la claridad de la mañana.
Sentía cómo se alejaban de mí, como naves,
una tras otra, mis existencias anteriores con sus congojas.
Aparecían, otorgados a mi buril,
países, ciudades, jardines, bahías, para que los describiera
mejor que antaño.
No vivía separado de la gente, el pesar y la piedad
nos unieron y dije: olvidamos que todos somos
hijos del Rey.
Porque venimos de allí donde aún no hay
división entre el Sí y el No, no hay división entre el es,
el será y el ha sido.
Somos infelices porque hacemos uso de menos de
una centésima parte del don que habíamos recibido
para nuestro largo viaje.
Momentos de ayer y de hace siglos: un corte de espada,
un maquillaje de pestañas delante de un espejo de metal
bruñido, un disparo mortal de mosquete, una colisión
de una carabela con un arrecife, se mezclan en nosotros
y esperan su cumplimiento.
Siempre he sabido que seré obrero en la viña,
al igual que todos mis contemporáneos,
conscientes de ello, o inconscientes.

Los muertos están ebrios...

Los muertos están ebrios de lluvia antigua y sucia
allá en el cementerio extraño de Lofoten.
El reloj del deshielo tabletea lejano
entre los ataúdes sórdidos de Lofoten.

Y gracias a las fosas que el entretiem po ahueca,
con fría carne humana los cuervos se han cebado,

y gracias al delgado viento con voz de niño,
dulce para los muertos es el sumo en Lofoten.

Ya no veré jamás, jamás sin duda,
ni la mar ni las tumbas de Lofoten,
y sin embargo hay algo en mí que me hace amar
ese rincón extremo y toda su congoja.

Suicidas, alejados y desaparecidos
del cementerio extraño de Lofoten
-¡que raro y dulce suena su nombre a mi
oído!-
decidme si es verdad que allí, que allí dormís.

Bien podrías contarme cosas más ocurrentes,
clarete que rebasas en mi copa de plata;
historias más amables o menos alocadas
y dejarme tranquilo con tu eterno Lofoten.

Que está habiendo buen tiempo y suave se desliza
en el hogar la voz del mes más melancólico.
¡Ah, los muertos, los muertos, aun los de
Lofoten;
los muertos, en el fondo, lo están menos
que yo...!

Despertar

En un país de infancia recuperada entre lagrimas,
en una ciudad con latidos de corazones muertos
(todo un arrullador zurco de latidos de vuelo,
de latidos de alas de los pájaros de la muerte;
de chapaleos de alas negras sobre el agua de
muerte),
en un pasado fuera del tiempo, enfermo de
arrobamiento,
los gratos ojos dolidos del amor arden todavía
con un fuego manso de mineral rojizo, con un
triste encanto,
en un país de infancia recuperada entre
lágrimas...
Sin embargo, el día llueve sobre el vacío
absoluto.

¿Por que me has sonreído en la gastada luz,

y por que y como me has reconocido,
 extraña muchachita de arcangélicos párpados,
 de reidores, azulados, suspirantes párpados,
 hiedra de noche estival sobre la luna de las piedras?
 ¿Y por que y como, no habiendo jamás entrevisto
 ni mi rostro ni mi duelo, ni la miseria
 de los días, me has reconocido tan de pronto,
 cálida, musical, brumosa, pálida, amada?
 ¿Por quien morir en la noche inmensa de tus
 párpados?
 Sin embargo, el día llueve sobre el vacío
 absoluto.

¿Que palabras, que músicas terriblemente caducas
 se estremecen en mí con tu presencia irreal,
 sombría paloma de los días lejanos, tibia, bella?
 ¿Que músicas en eso se estremecen durante el
 sueño?
 ¿Bajo cuales frondas de soledumbre antiquísima,
 en que silencio, en que melodía o en que
 voz de niño enfermo volver a encontrarte,
 oh bella,
 oh casta, oh música escuchada en el sueño?
 Sin embargo, el día llueve sobre el vacío
 absoluto.

Un cristiano pobre observa el Ghetto

Las abejas erigen alrededor de rojas vísceras,
 las hormigas alrededor del negro hueso.
 Ha comenzado: el desgarrar de las sedas pisoteadas con desprecio.
 Ha comenzado: la ruptura del vidrio y la madera, del cobre y el níquel,
 de la plata y el estuco, de las láminas de hierro, de las cuerdas del
 violín,
 de las trompetas y el follaje, de las vasijas y cristales.
 ¡Puf! El fuego resplandece desde los muros amarillos,
 abrasa el pelo animal y el cabello humano.

Las abejas erigen sobre el panal de los pulmones,
 las hormigas sobre el blanco hueso. Destrozan papel, caucho,
 sábanas, cuero, lino, fibras, tejidos, hilos, alambre y forros de sierpe.
 El techo y las paredes se derrumban entre llamas
 y el fuego consume los cimientos.
 Ahora sólo queda la tierra, pedregosa y yerma,
 con un solo árbol deshojado.

Lentamente, excavando un túnel, un centinela clandestino se hace
 paso,

con una pequeña linterna roja atada sobre su frente.
Toca los cuerpos sepultados y los cuenta, avanza,
reconoce las cenizas humanas por su luminoso vaho,
las cenizas de cada hombre distinguibles por la intensidad de sus
matices.

Las abejas erigen alrededor de una roja huella.
Las hormigas, en el vacío dejado por mi cuerpo.

Tengo miedo, tanto miedo del centinela clandestino.
Tiene los párpados hinchados, como un Patriarca
que se ha sentado tenazmente a la luz de los cirios
para leer el gran libro de la especie humana.

¿Qué le diré, yo, un judío del Nuevo Testamento,
que ha esperado dos mil años por el regreso de Cristo?
Mi quebrantado cuerpo me llevará hasta sus ojos
y él me contará entre los cómplices de la muerte:
el incircunciso.

Varsovia, 1943

cuando ella llegue...

Cuando ella llegue, habrá gris o verde en sus
ojos,
verde o gris en el río?
La hora será nueva en este porvenir tan viejo,
nueva pero tan poco novedosa...
¡Antiguas horas en las que se ha dicho todo, visto
todo, soñado todo:
no os imagináis como os compadezco...!

Habrán entonces otro hoy y ruidos de ciudad
tal como los de hoy y siempre - ¡duras
experiencias! -,
y olores - según la estación - de septiembre o
de abril.
Y un falso cielo, y nubes sobre el río.

Y palabras - según la ocasión- alegres o
sollozantes
bajo cielos que se regocijan o que llueven,
porque nosotros habremos vivido y simulado
- ¡ay! - ¡tanto y tanto
cuando ella llegue con sus ojos de lluvia sobre
el río!

Y habrá también (voz del hastío, risa de la
impotencia)
el viejo, el estéril, el seco momento presente,
pulsación de una eternidad hermana del silencio;
el momento presente, tal como este momento.

Ayer, hace diez años, hoy, dentro de un mes,
horribles expresiones, pensamientos muertos, pero,
¡que importa!
Bebe, duerme, muere, es preciso librarse de sí mismo
de una u otra manera ...

El rey Popiel

Según la leyenda, el rey Popiel fue devorado por los ratones en su isla a
la mitad de un gran lago.

Ciertamente sus crímenes no fueron como
Los nuestros. En torno había piraguas
De madera de tilo y algunas pieles de castor.
Su reino eran las ciénagas donde al mugir el alce
Su grito resonaba
En la luna de ácidas escarchas
Y los lince trepaban en primavera
A los timones secos de las lanchas.

Su empalizada, su fuerte de madera y la torre
erigida
Por las aletas de los dioses nocturnos,
podía verlas
Más allá de las aguas el cazador furtivo
Que no osaba apartar las ramas con su arco.
Hasta que alguno de ellos volvió con la noticia:
El viento hizo encallar entre los juncos
La embarcación desierta.
Los ratones se habían comido al rey.
Más tarde obtuvo
La corona incrustada de diamantes.
Galileo, Newton, Einstein
Le heredaron mares y tierras
Al rey desvanecido para siempre
Que guardó en su tesoro
Barras de bronce, tres monedas góticas.
Popiel que se marchó quién sabe adónde
Con sus mujeres y sus hijos.

Así, por muchos siglos, en su trono
Podrá afilar su jabalina con un cuchillo.

La huida

Al mirar hacia atrás vi la ciudad en llamas y dije:
Escapemos. Cubra la hierba nuestros pasos.
Narren los muertos a los muertos lo que ha ocurrido.
Nos corresponde engendrar a una generación violenta,
Libre del mal y libre de la dicha
Que en la ciudad imperaban.

Continuemos.
Y la espada de fuego nos señaló la tierra.

Una tarea

Con miedo y temblores creo que justificaría mi vida
Sólo si me obligara a hacer una confesión pública
Para revelar mi vergüenza y la vergüenza de mi época:
Nos permitieron aullar en la lengua de los enanos y los
demonios,
Pero las palabras puras y generosas quedaron prohibidas
Bajo una pena tan severa que si alguien se atrevió
a pronunciar alguna de ellas
Puede considerarse hombre perdido.

Prueba

Sin embargo, probaste las llamas del infierno.
Incluso puedes decir cómo son: reales,
Terminadas en ganchos agudos que desgarran
la carne
Pedazo por pedazo hasta llegar al hueso.
Caminaste por la calle y allí estaban: el látigo
y el derramamiento de sangre.
Recuerda por lo tanto que no hay duda:
Ciertamente existe el infierno.

Tengo edad suficiente para recordar pero, al igual que otros, repito las palabras que son socialmente aceptables, porque no me siento autorizado a revelar una verdad que resulta demasiado cruel para el corazón humano”.

Canción sobre el fin del mundo

El día del fin del mundo
La abeja ronda sobre los geranios,
El pescador teje una red luminosa,
En el mar juegan los alegres delfines,
Los tiernos gorriones saltan en el alero
Y luce dorada la piel de la serpiente,
Como debe ser.

El día del fin del mundo
Las mujeres van por el campo bajo las sombrillas,
El ebrio dormita a la orilla del césped,
Los verduleros gritan en la calle,
Y una lancha de vela amarilla encalla en la isla.
El tono del violín vibra en el aire
Y entreabre la noche estrellada.

Y los que esperaban relámpagos y truenos,
Quedan decepcionados.
Y los que esperaban señales y trompetas del arcángel
No creen que ha llegado la hora.
Mientras el sol y la luna estén en el firmamento,
Mientras el abejorro hechice a la rosa,
Mientras nazcan los niños dichosos,
Nadie cree que ha llegado la hora.

Sólo el anciano de cabello blanco, que podría ser profeta
Pero que no lo es, porque tiene otro oficio,
Murmura al coser las ristras de tomates:
Ya no vendrá otro fin del mundo,
Ya no vendrá otro fin del mundo.

Éxodo

Cuando íbamos huyendo de la ciudad incendiada,
Lejos ya de sus torres, volteando los ojos,

He dicho: “Que el cardo cubra nuestras pisadas,
Que callen en las llamas profetas fervorosos,
Que sólo los muertos hablen de las cosas pasadas,
Nuestra será la estirpe iracunda y nueva,
Libre del mal y de la dicha que allí brotaban.
Sigamos”. Y nos abría la tierra una espada de fuego.

Goszyce, 1944.

Prefacio

Tú, a quien no pude salvar,
Escúchame.
Comprende mi hablar sencillo porque me avergonzaría el otro.
No hay en mí, lo juro, la hechicería de las palabras.
Te hablo silencioso, como una nube o un árbol.

Lo que me daba fuerza, para ti era mortal.
Concebías el declive de una época como inicio de la siguiente,
El éxtasis del odio como la belleza lírica,
El impulso ciego como forma conclusa.

He aquí el valle de los secos ríos polacos. Y el enorme puente
Que va hacia la bruma blanca. He aquí la ciudad derramada
Y el viento que arroja sobre tu sepultura el grito de las gaviotas
Mientras hablo contigo.

¿Qué es la poesía si no salva
Naciones ni hombres?
Complicidad de mentiras oficiales,
Canción de los ebrios antes de caer degollados,
Lectura de una quinceañera.

Desear la buena poesía y no alcanzarla,
Comprender tarde su sentido redentor:
Esto y solo esto es una salvación.

Esparcían sobre las tumbas el mijo o la adormidera
Porque llegaban bandadas de pájaros-muertos.
Para ti pongo aquí este libro, oh, lejano,
Para que ya no nos visites más.

Cracovia, 1945.

Al final del siglo XX

Al final del siglo XX, , nacido en su inicio,
tras haber escrito libros, buenos o malos, pero laboriosos,
tras haber alcanzado, perdido y recuperado,

Estoy aquí, con la esperanza de que sea posible volver a
empezar
y sanar la propia vida pensando intensamente en las cosas
pasadas,
tan fuerte, que el tiempo no logre borrar paisajes ni rostros
y todo permanecerá más verdadero de lo que ha sido.

Sin comprender cómo llegaban los años del éxtasis y a la vez
de tormento,
aceptando mi destino e implorando por otro,
no me trataba con indulgencia, apretaba los labios.

Orgullosa de la única virtud por mí conocida:
la de azotarme con las múltiples disciplinas.
Siempre empiezo de nuevo, porque lo que acierto en trama
resulta una ficción, evidente para los demás pero no para mí,
y ella me confunde y me oculta,
y el deseo de la verdad me vuelve deshonesto.

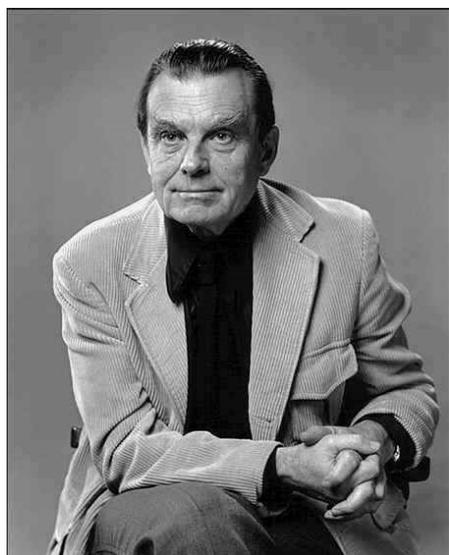
Entonces pienso en el rigor del alto estilo
y en aquellos que nunca lo necesitaron.
Y pienso también que toda mi vida me he dejado vencer por la
esperanza.

Sobre la plegaria

Me preguntas, cómo rezar a alguien que no existe.
Sólo sé que la plegaria levanta un puente de seda
Por el cual avanzamos como en un trampolín
Hasta alzar el vuelo por encima de los paisajes de oro
profundo
Cambiados por el mágico síncope del sol.
Este puente va hacia la orilla del Reverso
Donde el otro lado de las cosas revela un sentido
Apenas sospechado de las palabras “esto es”-.
Mira, estoy diciendo: nosotros. Y cada uno en su singularidad
Siente allí la compasión por los que siguen presos en el
cuerpo,
Y sabe que, si incluso no existiese la otra orilla,
Igual tendrían que entrar en el puente tendido sobre la tierra.

En el Exilio

Este texto fue escrito por Czeslaw Milosz como introducción para el libro "Exilio" de Joseph Koudelka.



Mientras escribía este ensayo tenía ante mis ojos las fotografías de Joseph Koudelka. Dejaré que sean mis palabras un tributo a su arte de contar historias sin palabras. (CM)

El ritmo está en la base de la vida humana. Es, ante todo, el ritmo del organismo, gobernado por el latido del corazón y la circulación de la sangre. Como si viviéramos en un mundo de pulsaciones, en un mundo que vibra. Respondemos a él y alternadamente estamos limitados a su ritmo. Sin detener nuestras reflexiones en la dependencia que existe entre las sístoles y las dístoles del tiempo. Tiempo que fluye entre los amaneceres y atardeceres, y en secuencias de cuatro estaciones.

La repetición nos permite formar hábitos y aceptar el mundo a manera de un “quizás” muy familiar; la necesidad de una rutina está profundamente arraigada a la propia estructura de nuestros cuerpos.

En una ciudad o una aldea que conocemos desde nuestra niñez nos movemos en un espacio domesticado, nuestras ocupaciones encuentran señales por todas partes que favorecen la rutina. Transplantado a un espacio extranjero, nos oprime la ansiedad debido a la indeterminación, a la inseguridad. Existe ahí una enorme cantidad de nuevas formas que fluyen, porque el principio de su orden, de su rutina, no puede ser descubierto. Lo que digo es posiblemente una generalización de mi propia experiencia, pero tengo la esperanza que se entienda como la experiencia que ha sido compartida por muchos, especialmente en este siglo.

Entre los infortunios del exilio, la ansiedad que produce lo desconocido ocupa un lugar predominante. Cualquiera que se haya encontrado como inmigrante en una ciudad extranjera, ha tenido que hacerle frente a esa clase de envidia que produce ver a sus habitantes enfrascados en sus diarias ocupaciones, conduciéndose con absoluta confianza a rumbos seguros, definidos y conocidos, a tiendas u oficinas, en un mundo que se teje dentro de una enorme fábrica de alboroto cotidiano. Es posible que tal observador tenga el recurso de crear estrategias especiales, desde el exterior, para disminuir su sensación de enajenación. Viviendo en París, dibujaba durante mucho tiempo una línea alrededor de algunas calles en el barrio latino, de modo que

pudiera reconocer una cierta área como mía. Un restaurante en la esquina, una librería pequeña, un lavadero, un café seguido de otro. Reconocer por adelantado la presencia de estas secuencias en los puntos esperados, me procuraba cierta seguridad en mis caminatas cotidianas.

Perderse en una ciudad extranjera. Quizás hay algo más profundo implicado en esto que una simple incapacidad de encontrar el camino. Me sucedió una vez, también en París –ciudad de muchos de mis momentos felices y de muchas de mis desgracias– cuando salía del Metro en una parte de la ciudad que conocía, pero no demasiado bien. Comencé a caminar y de pronto noté que no encontraba un punto claro o uniforme que me sirviera de guía, en ese momento me invadió un gran temor, una especie de repentina acrofobia. Las casas parecían darse la vuelta y amenazaban con caer. Perdí la orientación y estaba completamente conciente de mi indecisión de cual calle tomar, hecho que provocó que fuera más profunda mi sensación de pérdida de orientación. El exilio nos priva de los puntos de referencia que nos ayudan a llevar a cabo nuestros proyectos, a elegir nuestras metas, a organizar nuestras actividades. En nuestros países nativos mantenemos una relación puntual con nuestros precursores y ancestros, con los escritores si éramos escritores, con los pintores si éramos pintores, y ésa es una relación tanto de respeto como de oposición; nuestra fuerza impulsora es superarlos de una u otra manera y agregar nuestro nombre a la lista de los nombres recordados en nuestra aldea, nuestra ciudad, o nuestro país. Aquí, en el extranjero, nada de eso existe, hemos sido arrojados fuera de la historia, que es siempre la historia de un área específica en el mapa, y tenemos que hacer frente a utilizar la expresión de un escritor exiliado, "la insoportable levedad del ser."

La recuperación es lenta y nunca completa. Hay un período en que rechazamos el reconocimiento de que nuestra dislocación es irrevocable y ningún cambio político o económico en nuestro país de origen puede ser motivo para regresar. Entonces, lentamente reconocemos que el exilio no es sólo el fenómeno físico de cruzar las fronteras del estado. El sentimiento crece en nosotros, nos transforma desde dentro, y se convierte en nuestro destino. La gran masa humana que nos pareció indiferenciable en un primer día, las calles, los monumentos, las maneras y los modos que nos fueron desconocidos, van adquiriendo nuevas características. Lo que fue extraño se transforma gradualmente en familiar, sin embargo, la memoria preserva una topografía de nuestro pasado, y esta doble observación nos mantendrá siempre a un paso aparte de nuestros conciudadanos.

“Habiendo salido de su tierra natal, no mire hacia atrás, las Erinyes* están detrás de usted”. Éste es uno de los principios pitagóricos. El consejo es bueno pero difícil de seguir. Es verdad, las Erinyes están allí, a la espalda, y con sólo un vistazo pueden petrificar a un mortal. Algunos dicen que son las hijas de la tierra, otros, las hijas de la noche,

en cualquier caso vienen de la profundidad del mundo terrenal, portan un par de grandes alas y de su cabello se deslizan horribles serpientes. Son el castigo de ofensas pasadas y se sabe bien que nadie es capaz de clamar pureza, aún sin ser consciente de las faltas cometidas. La mejor protección contra las Erinyes sería, de hecho, nunca mirar hacia atrás. Pero es imposible no mirar. Allá, en la tierra de los antepasados, de la lengua, de la familia, se ha dejado un tesoro más valioso que cualquier riqueza pesada en oro. Un tesoro formado por los colores, las formas, las entonaciones, los detalles arquitectónicos, la gente, todo lo que formó nuestra niñez. Cuando se deja que la memoria hable, se despierta el pasado y de la misma manera se atrae a las Erinyes; todo hombre carente de memoria es apenas humano, o representa solamente una humanidad empobrecida. Pero entonces, nos enfrentamos a una contradicción y hay que aprender a vivir con ella.

Existe otro aspecto del exilio que es considerado como una aflicción, específicamente del siglo XX; Dante, uno de los más famosos escritores exiliados, después de dejar su natal Florencia, vagó toda su vida de una ciudad a otra, pero hoy esas ciudades pueden apenas significar "el exterior" dado que todas se sitúan dentro de Italia. Al morir, Dante fue enterrado en Ravena, ciudad que actualmente no nos parece en absoluto, demasiado lejana a su lugar de nacimiento.

¿Podría acaso suceder que con eso de la contracción del planeta, las distancias de la tierra están cambiando? ¿Que las distancias entre los países se hacen más y más pequeñas? ¿Quizá es posible visualizar los anhelos de un peregrino moderno que parte de un lugar a otro dentro de un país, llámese Europa, un continente, o el mundo sin llegar a sentir esa alienación? Si esto no es así el día de hoy, existe un dinamismo latente, inherente en el progreso de la tecnología, que empuja hacia esa dirección. El siglo XX trae también un cambio cuantitativo conveniente para la era de la explosión demográfica. En el tiempo de Dante, el número de gente que salía de las ciudades o de su aldea de origen era muy pequeño. Ahora son cientos de miles, e incluso millones, los que emigran, expulsados de sus hogares por la guerra, por necesidades económicas, o huyendo de la persecución política. Un expatriado, por ejemplo un escritor, un artista o un intelectual que abandona su país por voluntad propia, no tiene como argumento de su exilio éstas ásperas razones, causas como el hambre o el miedo a la policía, pero aún así, él no podrá aislar su destino del destino de las masas exiliadas. La existencia nómada, los tugurios que a menudo habitan, los desiertos de calles sucias donde juegan los niños son, en cierto modo, también suyos; se sentirá en solidaridad con ellos y se preguntará si esto no es sólo una imagen más y generalizada, de la condición humana. La vida en el exilio no es más que una transplantación de un país a otro. Los centros industriales atraen a gente que sale de sus pacíficos pero empobrecidos distritos rurales y las ciudades nuevas crecen donde hace algunas décadas solamente

pastaban los ganados, incrementándose así, los cinturones de miseria que rodean a las grandes capitales.

Cuando caracterizamos la indeterminación y la inseguridad inherentes en el exilio, se nota que prácticamente todo que se dice sobre el tema es aplicable a los nuevos habitantes del paisaje urbano, incluso aún para aquellos que no han llegado de tierras extranjeras. La enajenación se convierte en un predicamento de muchos seres humanos que serán considerados, muy a su pesar, dentro de una categoría especial; la auto-estima del inmigrante se reflejará en ese fenómeno, y se irá minando lentamente.

Quizá la pérdida de armonía con el espacio circundante, la inhabilidad de sentirse en casa dentro del mundo, es demasiado opresiva para un expatriado, un refugiado, o un inmigrante, y no obstante lo llamamos, paradójicamente, a integrarse en nuestra sociedad contemporánea y lo hacemos creer, si él es artista, que es entendido por todos. Y aún más, para poder expresar la situación existencial del hombre moderno, uno debe vivir en un exilio de cierta clase. ¿No es acaso el exilio el tema de muchas de las obras de Samuel Beckett? El tiempo en ellas no se percibe como una serena repetición que favorece la rutina cómoda y alegre; por el contrario, es un tiempo vacío y destructivo, acomete hacia adelante en dirección a una meta ilusoria y se cierra en sí mismo en una exhibición del hombre vanal. En esas obras no se puede entrar en contacto con el espacio, ya que es abstracto, uniforme, privado de objetos específicos, y con toda probabilidad, un desierto.

Escribiendo esto, escuché casualmente una vieja canción religiosa de origen polaco, que comienza diciendo: "Exilio de Eva, te suplicamos Señor, ayuda para ella". Sin duda, el arquetipo del jardín del Edén se repite en nuestras vidas, sea Edén la matriz de nuestra madre o el jardín encantado de nuestra niñez temprana. Siglos de tradición están detrás de la imagen de la tierra madre, como tierra de los exiliados, presentada generalmente como un paisaje desértico, estéril, en el cual Adán y Eva marchan con la cabeza descomunemente baja. Fueron expulsados de su reino nativo, su hogar verdadero, donde el mismo ritmo había gobernado sobre sus cuerpos y sus alrededores, donde no se ha sabido de ninguna separación y de ninguna nostalgia. Al mirar hacia atrás, pudieron ver las espadas ardientes que guardaban las puertas del paraíso. La nostalgia del regreso a donde una vez tuvieron una existencia plena y feliz se ve intensificada por la conciencia de la prohibición. Y aún así, nunca abandonarán por completo el pensamiento de que un día su exilio terminará. Más tarde, mucho más tarde, quizás ese sueño tomará la forma de una ciudad de oro que prevalecerá más allá de esta época, la idea de una Jerusalén divina.

La imagen bíblica favorece un cliché en el que "exilio" significa permanecer mirando hacia el país de origen. Es muy cierto que en este siglo muchos autores han escrito poemas y novelas donde describen la

región del mundo de donde han venido, mucho más hermosa de lo que era en realidad; simplemente porque es un espacio que está perdido para siempre. Sin embargo, en este punto, es posible hacer una objeción. El desplazamiento crea una distancia que se mide por kilómetros o millas, cientos y miles de millas. Pero la imagen bíblica se expresa mediante el movimiento que separa al hombre de las puertas del Edén o, traduciendo esto en nociones modernas, de las fronteras de un estado protegido por soldados armados. Sin embargo, la distancia se puede medir no sólo en millas, sino también en meses, en años, o en las docenas de años. Asumiendo esto, podemos considerar la vida de cada ser humano como un movimiento inexorable de la niñez hacia las fases de la juventud, para llegar a la madurez, y más tarde a la vejez. El pasado de cada individuo experimenta transformaciones constantes en su memoria y la mayoría de las veces adquiere las características de una tierra irrecuperable que se hace cada vez más y más extraña por el flujo del tiempo. Así, la diferencia entre el desplazamiento en el espacio y en el tiempo se desvanece. Podemos imaginar a un viejo expatriado quien, al meditar en el país de su juventud, se da cuenta de que la separación no sólo se debe a la distancia, sino también por las arrugas en su cara y su cabello gris. Marcas dejadas por un severo guardia fronterizo: el tiempo.

¿Entonces qué es el exilio si, en este sentido, todos comparten esa condición?

No obstante, la condición del exilio en su sentido geográfico es suficientemente verdadera y aquellos que la han experimentado han utilizado diversos consuelos para hacerla menos deprimente. La conciencia de su carácter universal en este siglo puede proporcionar un alivio considerable e incluso inducir un orgullo por pertenecer a un grupo selecto que va a la vanguardia. Además, esa conciencia despierta el valor, por el hecho de que la historia ha revelado que los grandes países, entre ellos América, han sido fundados por errantes y vagabundos. Sin embargo, sucede que los artistas o escritores en el exilio son, con frecuencia confrontados con preguntas insidiosas sobre su creatividad o la falta de ella. Un argumento que suele salir como respuesta es que existe una conexión misteriosa entre la tierra de nuestros antepasados, su luz y los sonidos de su idioma, con los poderes creadores del individuo. Se dice que nuestras fuentes de inspiración corren el riesgo de secarse en el exterior. Y de hecho encontramos, un gran número de escritores y poetas talentosos, pintores brillantes o músicos prometedores, que salieron de sus países buscando la fortuna, para sólo sufrir la derrota y hundirse en un anonimato que cubrirá sus nombres para siempre. Es muy cierta la afirmación que sostiene que la tierra natal posee una fuerza que vivifica, incluso si ponemos lo obvio a un lado, a saber, la lengua materna y sus matices irremplazables. El temor de la esterilidad es un compañero de cada artista expatriado y aunque acostumbre rodearse de otros artistas, su presencia en ese caso le hace sentir más fuertemente el miedo. Para calmarlo, lo más útil es invocar los nombres de todos los

que, a pesar de las probabilidades, no han perdido el juego. Ciertos trabajos fundamentales de la poesía en algunos idiomas, por ejemplo en polaco y armenio, han sido escritos en el exterior, debido a persecuciones políticas practicadas por poderes extranjeros que ocupan sus propios países.

Las décadas que Marc Chagall pasó en París, lejos de su pueblo natal en Witebsk, no desalentó su inspiración original y continuó su vuelo en el cielo junto con los techos de chozas, con las cabras y vacas de su niñez y juventud temprana. El cantante Isaac Bashevis, recreó en América gracias a la memoria y la imaginación la vida que estaba perdida para los judíos polacos. Es dudoso si el Ulises de Joyce pudiera haber sido escrito en Dublín, es más probable asumir que su enajenación y su negativa para servir las metas patrióticas irlandesas eran precondiciones necesarias para la descripción de Irlanda desde lejos. Y Stravinsky, a pesar de rumores maliciosos, según los cuales se decía, que después de componer “La Consagración de la Primavera” su talento estaba disminuyendo, debido a su alejamiento de Rusia. Sin embargo, continuó siendo muy productivo –y muy ruso– a pesar de su largo exilio.

En cada uno de estos ejemplos, y pueden ser multiplicados, existe una pauta notable. La despedida del país de origen, de sus paisajes y costumbres lo llevan a uno a la tierra de nadie, y es comparable quizá a la elección del desierto como lugar de contemplación de los ermitaños cristianos. Llegamos así a que el único remedio contra la pérdida de la orientación será crear una propia orientación, un nuevo norte, un este, un oeste, y sur propios; y postular, en ese espacio nuevo, un Witebsk o Dublín elevados a la segunda potencia. Lo que se ha perdido hay que recuperarlo en un nivel más alto de experiencia y presencia.

El exilio es una prueba de la libertad interna y esa libertad aterroriza. Todo depende de nuestros propios recursos, de que somos, en su mayor parte, ignorantes y aún así, tomamos decisiones al asumir que nuestra fuerza será suficiente. El riesgo es total, no lo calma ni el calor de una entidad donde el segundo lugar es generalmente tolerado, es considerado como útil e incluso honorable. Ahora ganar o perder aparece a plena luz, porque estamos solos y la soledad es una aflicción permanente del exilio. Una vez Friedrich Nietzsche exaltó la libertad de la altura, de la soledad, del desierto. La libertad del exilio es de ese tipo, aunque es impuesta por circunstancias y, por lo tanto, carente de bathos**. Una fórmula breve puede encapsular el resultado de esa lucha con nuestra propia debilidad: el exilio destruye, pero si falla en el intento, te hará más fuerte.

El éxodo de la gente hacia sus países de origen es una característica familiar en nuestro siglo y se ha clasificado bajo varios nombres. La Revolución Rusa tuvo como resultado la aparición de cientos de emigrados rusos en las ciudades grandes del Oeste. Pronto, se unieron

los refugiados de la Alemania de Hitler y los ex soldados del Ejército Republicano Español. Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, la Alemania derrotada estaba repleta de los llamados D.F.'s, que eran los que habían sido sometidos en calidad de esclavos a trabajar, los sobrevivientes de campos de concentración, y los alemanes expulsados de las provincias orientales. En las décadas subsiguientes aparece una ola de migraciones provenientes de la Europa Oriental Central que se había enfrentado a diversos espasmos políticos (el aplastamiento del levantamiento húngaro, la invasión de Checoslovaquia, la ley marcial en Polonia) o por la atracción económica hacia el capitalismo de occidente. Nombres y categorías semejantes se pueden encontrar también en Africa y Asia, el éxodo de la “Gente del Barco” de Vietnam es el caso más famoso. Y aún cuando los oficiales encargados de la tarea de permitir o negar, a un recién llegado, el derecho de permanecer, distinguen perfectamente los motivos ideológicos y económicos, la realidad es mucho más compleja que eso y pueden ser miles las razones por las que una persona se vea obligada a emigrar. Una cosa es cierta: la gente sale sus patrias porque la vida ahí es difícil de soportar.

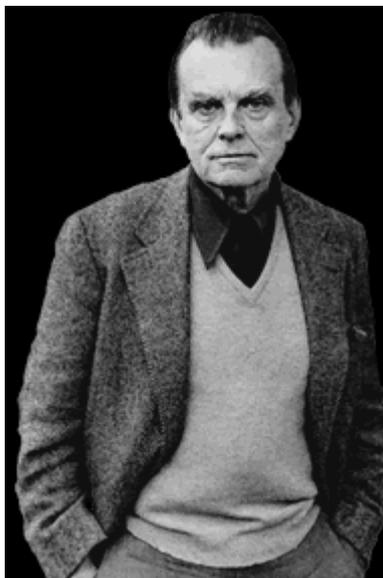
¿Podemos imaginarnos un mundo en que el fenómeno del exilio desaparece por ser innecesario? Para prever tal posibilidad significaría descartar lo conocido, lo que parece llevarnos en la dirección opuesta. Lo que es probable es el aumento en la conciencia de que, quienquiera que busca la felicidad en tierras distantes se debe preparar para la desilusión o más aún para la recompensa dudosa del que salta de la sartén al fuego. Pero este hecho, no desalentaría nadie, ya que el dolor que sentimos en un momento dado es más real que el dolor que podemos aguantar en el futuro. Esta tierra con todos sus encantos e infinta belleza es, a fin de cuentas, también la tierra del "Exilio de Eva".

Nos sigue gustando aquella vieja anécdota acerca de un refugiado en una agencia de viajes, que tratando de escapar de una Europa devastada por la guerra, está indeciso sobre qué continente y qué estado elegir, cuál es el que está más lejos de la guerra y dónde es más seguro vivir. Minutos después de reflexionar, girando un globo terráqueo al que apuntaba con el índice. Se detiene y le pregunta entonces al agente, “¿Disculpe, acaso no tiene algo más?”

Lo pronunciado se fortalece

Por **Seamus Heaney**

Sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, disidente del comunismo, exiliado más de una vez, lector en ruso, francés e inglés, nacido en



Lituania de familia católica polaca, Miłosz encarna el ideal europeo del hombre culto y el testigo privilegiado. Narrador, memorialista y crítico, su destino de autor se cifra, sin embargo, en la poesía, su primera y última vocación. Su lector y amigo Seamus Heaney, Premio Nobel como él, escribe este sentido cenotafio

Hace ya buen rato que quienes conocieron de cerca a Czesław Miłosz no podían dejar de preguntarse cómo sería su ausencia. Mientras tanto, él se mantenía más firme que nunca, escribiendo allá en Cracovia, nonagenario ya, en un apartamento donde tuve el privilegio de visitarlo dos veces. En la primera ocasión, estaba en cama, demasiado indispuerto para asistir a una serie de conferencias

organizadas en su honor; y en la segunda, se hallaba a buen resguardo en su sala, cara a cara con un busto de bronce tamaño natural de su segunda esposa, Carol, unos treinta años menor que él, que había muerto víctima de un cáncer rápido y cruel en el 2002: ahí sentado a un costado de aquella habitación, frente a la escultura de bronce, el viejo poeta parecía estar contemplándolo todo desde otra orilla. Por entonces se hallaba al cuidado de su nuera, merced a cuyas oscilantes atenciones, así como a su propia apariencia algo transfigurada, uno pensaba en el anciano Edipo y en las hijas ocupándose de su bienestar en el bosquecillo de Colono: aquel vetusto rey había llegado al sitio donde sabía que moriría. Colono no era su lugar de nacimiento, pero sí el lugar donde había vuelto a casa a encontrarse con su persona, con el mundo y con el otro mundo: lo mismo se podía decir de Miłosz en Cracovia.

"El niño que vive dentro de nosotros confía en que en alguna parte existan hombres sabios que posean la verdad": según sus propias palabras y para sus muchos amigos, Miłosz encarnaba a uno de esos hombres sabios. Sus frases célebres se citaban a diestra y siniestra, incluso cuando se trataba más de agudezas que de sabiduría. Unos días antes de su muerte, recibí una carta de Robert Pinsky en la que me contaba su visita, el mes anterior, al hospital en que estaba internado Czesław. "¿Cómo estás?", le preguntó Robert. "Consciente —fue la respuesta—. Tengo la cabeza llena de chucherías." Ésta fue la primera vez que detecté una nota de temor en su discurso. Un par de años antes, por ejemplo, un cuestionamiento semejante por parte de Robert Hass, colega traductor de Pinsky, había obtenido como contestación:

"Sobrevivo por encantamiento", que sonaba más a su persona. Su vida y obra se basaban en la fe en "una palabra que han despertado labios que mueren". Este primordial principio artístico se relacionaba claramente con el último evangelio de la Misa, el In principio de San Juan: "En el principio era el Verbo." Inexorablemente, entonces, a lo largo de toda una vida en busca de una vocación poética, de un estudio cuidadoso de lo que esa búsqueda significaba, y de una incesante y rica productividad en cuanto a sus hábitos de composición, desarrolló una feroz convicción en la sagrada fuerza de su arte, en la convocatoria de la poesía a combatir la muerte y la nada, a ser "Un incansable mensajero que va corriendo / A través de campos interestelares, a través de galaxias vertiginosas, / Y llama a voces, protesta, grita." (del poema "Significado"). Con Milosz ausente, el mundo ha perdido a un increíble testigo de esta inmemorial creencia en el poder salvador de la poesía.

Su credibilidad fue y seguirá siendo primordial. Nunca mostró el menor gesto solapado en cuanto a su profesión de fe en la poesía, a la que alguna vez llamó la "aliada de la filosofía al servicio del bien", cuyo mensaje habría de "llegar a las montañas merced al unicornio y al eco". Tal confianza en el delicioso potencial del arte y del intelecto para otorgar júbilo quedaba protegida por fuertes bastiones construidos a base de conocimientos y experiencia que él se había ganado de primera mano y a un costo altísimo. Su pensamiento, dicho de otro modo, era al mismo tiempo un jardín —ora un jardín de monasterio, ora un jardín de las delicias terrenales— y una ciudadela. Las fortificaciones en torno al jardín se situaban en una alta montaña, desde donde él podía ver los reinos del mundo, reconocer sus tentaciones y sus tragedias, y comunicarle a sus lectores tanto la frescura como la interiorización que esta situación permitía. En alguna parte, por ejemplo, compara un poema con un puente hecho de aire sobre el aire, y una de las delicias de su obra es la correspondiente sensación de una realidad vigilante desde la perspectiva de una mente esclarecedora, que lo dejaba a uno libre dentro de la auténtica soledad del propio ser y, a la vez, le ofrecía una gratificante compañía espiritual, gracias a lo cual siempre le daban ganas de decir: "Qué bueno que estamos aquí."

Milosz estaba bien consciente de este aspecto de su obra, y fue muy explícito acerca de su deseo de que la poesía, en general, fuera capaz de ofrecer tan elevado nivel de consideración. Sin embargo, como para probar la verdad de la idea de W.B. Yeats, según la cual no hay avance sin contrariedad, era igualmente enfático acerca de la necesidad de la poesía de descender de su elevada posición ventajosa para arrastrarse entre los nómadas del valle. No bastaba con que el poeta fuera como la Venus de "El escudo de Aquiles", de W.H. Auden, que miraba por encima del hombro de su artefacto rumbo a un panorama lejano que lo incluía todo, desde la comedia en la cocina hasta el genocidio. El poeta debía estar allá abajo con el populacho común y corriente, cara a cara con la familia de refugiados en el suelo de la estación del tren, compartiendo el olor de migajas rancias que la madre reparte entre sus

críos incluso con las botas de la patrulla militar encima, mientras la ciudad es bombardeada, y los mapas y los recuerdos estallan en llamas. Se necesitaba una conciencia acerca de la trivialidad y las tribulaciones de la vida de los demás para humanizar el canto. No era suficiente desplazarse por los salones del mundo avant-garde. Hay ciertas cosas, según lo dice en "1945", que no se pueden aprender "de Apollinaire, / de los manifiestos cubistas, ni de los festivales en las calles de París". Milosz habría entendido profundamente y habría estado de acuerdo con la contención de John Keats en cuanto a que el uso de un mundo de dolor y perturbación habría de aleccionar la inteligencia, convirtiéndola en un alma. El soldado con licencia del poema "1945" ha recibido justamente esa lección:

En la estepa, conforme se vendaba los pies sangrantes con un trapo,
Comprendió el fútil orgullo de aquellas encumbradas generaciones:
Hasta donde podía ver, una tierra rasa, irredenta.
Y en tan drásticas condiciones, ¿qué tiene el poeta que ofrecer? Sólo
lo que se le ha concedido merced a la costumbre y la ceremonia, merced
a la civilización:

Parpadeé, ridículo y rebelde,
Solo con mi Jesús María en contra del poder irrefutable,
Descendiente de ardientes plegarias, de doradas esculturas
y milagros.

n

Hombre tierno respecto de la inocencia, de mente firme ante la brutalidad y la injusticia, Milosz podía ser a ratos susceptible, a ratos despiadado. Ora evocaba el erotismo virginal de alguna muchacha adolescente rondando los jardines de una lituana casa solariega, ora llevaba a cabo una anatomía de los rasgos de carácter y dones creativos mal dirigidos que empujaron a algún contemporáneo a quedar atrapado en la red marxista. De principio a fin, un desalmado poder analítico coexistía con un indefenso placer sensual. Recuerda los olores del pan recién horneado en las calles de París en sus épocas de estudiante, al tiempo que convoca los rostros de sus compañeros de clase de Indochina, jóvenes revolucionarios que se preparaban para tomar el poder y "matar en nombre de bellas ideas universales". En una ocasión, después de una lectura de poesía en Harvard, donde parecía haber combinado, según lo relaté después, los papeles de Orfeo y Tiresias, me confió: "Me siento como un chiquillo jugando a las márgenes del río." Y los poemas lo convencían a uno de que aquí también estaba diciendo la verdad. De hecho, Milosz demostró la falsedad del verso de T.S. Eliot acerca de que el ser humano no puede tolerar demasiada realidad. El joven poeta que comenzó con sus pares en los cafés y en las controversias de la Varsovia de 1930 estaba presente cuando esos mismos jóvenes poetas morían en la balacera de la Insurrección de Varsovia, cuya memoria había dejado apenas huella como unos graffiti en los escombros de la ciudad devastada. El viejo, el sabio de la Calle

Grizzly Peak en Berkeley, veterano de la Guerra Fría, héroe de Solidaridad, amigo del Papa, fue al mismo tiempo el niño "que recibe la Primera Comunión en Vilna y después bebe el chocolate caliente que le sirven fervorosas damas católicas", y el poeta que constantemente escuchaba "el inmenso llamado de lo Particular, pese a las leyes terrenales que condenan la memoria a la extinción".

Yo sólo conozco la poesía de Milosz en traducción; sin embargo, casi no se siente ninguna dificultad al leerlo en inglés, pues todo lo invade una voz única, una poesía cargada de una densidad de experiencia cabal y de primera mano, irradiada por una comprensión que la ha vuelto simbólica. No es sólo que uno confíe en el oído y en la precisión de los poetas que llevaron a cabo la traducción, si bien sus contribuciones al respecto resultan indispensables. Es, sobre todo, que de inmediato se intuye el peso de una presencia humana, un contenido prosístico y una transmisión musical que deben existir en el original, mucho más allá de nuestros alcances lingüísticos. La poesía como un todo resulta eminentemente comprensible e imposible de ignorar. Posee idénticas ocasiones de sorpresa y reconocimiento. Oscila de la evocación suntuosa a la articulación individual. Sus cadencias, tan espontáneas como la respiración, su sencillez con frecuencia inesperada (caso este último del hechizante poema joven "Encuentro") y su igualmente inesperada mas persuasiva ambigüedad ("En el lejano oeste", por ejemplo) nos convencen de la verdad en la frecuente afirmación de Milosz de que sus poemas le eran dictados por un daimon, del cual era un mero "secretario". Lo cual implicaba simplemente, dicho de otro modo, que él había aprendido a escribir rápido, a permitir los saltos asociativos propios de un corredor de vallas, a no darle demasiado tiempo al "entrometido intelecto" para intervenir. Cuando nos dice que escribió su poema "Ars Poetica" en veinte minutos, yo le creo y lo celebro.

n

Algo del secreto y gran parte del poder de su poesía provenían de su inmensa erudición. Su cabeza era como un teatro de la memoria renacentista. Latín bien aprendido en la escuela, teología tomista, filosofía rusa, poesía universal, historia del siglo veinte, todos los *dramatis personae* de la época, muchos de los cuales habían sido sus compañeros cercanos: basta leer unas cuantas páginas de su abundante prosa para percatarse de cuán presente tenía todo esto, y cuán frívolo e inadecuado resulta aquí el trillado cliché acerca de las mentes "bien abastecidas" que, en el caso de su pensamiento, se queda corto. La poesía es la fina flor de una obra que abarca la autobiografía, la disputa política, la crítica literaria, el ensayo personal, la ficción, las máximas, las memorias y tanto más, todo ello original, juguetón, ominoso, más o menos inclasificable. Otros poetas han escrito también prosa voluminosa. Entre sus contemporáneos más próximos en inglés vienen a la mente Hugh Macdiarmid y W.H. Auden, ambos dotados de una vigorosa inteligencia y un furor por el orden. En comparación, no

obstante, Macdiarmid, con todo y su concisión, parece protestar demasiado. Auden está más cerca, en cuanto a que también es imperiosamente proclive a examinar el estado intermedio de la vida humana, y nunca logra olvidar los estados fronterizos de la bestia y el ángel. Sin embargo, comparado con Milosz, Auden tiende a la pedantería del gran personaje, no parece sufrir tanto por el complicado arrastre de lo contingente: hay en él serias especulaciones, pero al mismo tiempo una falta del interesante deterioro de la específica fuerza de gravedad personal. Me fascina Milosz por la garantía de su tono, una garantía de que al personaje en escena, este escritor de prosa, siempre lo someterá a constante escrutinio esa otra parte de él más penitente, más punitiva. Lo que nosotros recibimos de la prosa, como de la poesía, es el discurso total de un hombre.

Y aun así, Milosz siempre se sentía inquieto por "la insuficiencia de la lírica", tal como lo afirma el poeta Donald Davie, y, de hecho, por la insuficiencia del arte en general, profundamente consciente de lo inasequible de la realidad que nos rodea.

Su anhelo de una forma de expresión más incluyente de lo que humanamente se encuentra al alcance era uno de sus temas recurrentes. "Distribuir los colores en un lienzo resulta trivial comparado con todo lo que exige exploración." Sin embargo, exultaba en cuanto a la certidumbre de que le correspondía, como poeta, "glorificar las cosas simplemente porque son", y sostenía que "la vida ideal para un poeta es la contemplación de la palabra es". En pos de este ideal, llevó la poesía más allá del círculo de gis dibujado por la forma significativa, y abrió su alcance a inmensos panoramas y pequeñas domesticidades: sus poemas a veces ponen el intelecto al servicio de la inocencia exclamatoria del arte infantil ("¡Qué felicidad: ver un lirio!"); otras, en el recorrido panorámico de la sinóptica meditación histórica, como en "Oeconomia Divina": "No esperaba vivir en un momento tan poco común... / Calles sostenidas por columnas de concreto, ciudades de vidrio y acero forjado, / campos aéreos más grandes que dominios tribales / que de pronto quedaron sin esencia y se desintegraron... / Se escapó la materialidad / de los árboles, los pedregales, hasta de los limones sobre la mesa." Al diagnosticar la arremetida de esta ligereza del ser, Milosz, en efecto, la detuvo para sus lectores, y gran parte de su poder de permanencia como poeta seguirá residiendo en su ejemplar obstinación, su negativa a menospreciar el espesor de lo presente, así como el soberano valor inherente de lo que elegimos recordar. "Lo pronunciado se fortalece. / Lo impronunciado tiende a la inexistencia" ("Al leer al poeta japonés Issa").

A últimas fechas, al recordar a Czeslaw y verlo de pensamiento, desamparado en su cama, recibiendo visitas de amigos y, sin embargo, siempre con el ojo fijo en el muro arrasador de la vida, no podía evitar imaginármelo a la luz de dos obras de arte poseedoras de una mezcla típicamente milosziana de solidez y fuerza espiritual. La primera es la pintura de Jacques-Louis David, perteneciente a la colección del Museo

Metropolitano de Arte, acerca de la muerte de Sócrates. El filósofo, de complexión robusta, se encuentra en su lecho en alto, el torso desnudo, el dedo al aire, sentado y muy erguido, exponiendo ante su grupo de amigos la doctrina de la inmortalidad del alma. El cuadro bien podría llevar, en calidad de título alternativo o leyenda, las palabras "Me lo permití todo, salvo la queja", afirmación hecha por Joseph Brodsky, que Milosz citaba con tonos de suma aprobación, y que podría aplicarse a él mismo con igual justicia. Y la otra obra, que probablemente me vino a la cabeza en virtud de la escena de Milosz cara a cara con el busto en bronce de su esposa Carol, es un sarcófago etrusco del Louvre, una grandiosa escultura en terracota de una pareja de esposos reclinada sobre los codos. La mujer se encuentra a la izquierda del hombre, en cercana y paralela postura yacente, ambos a sus anchas y mirando fijamente algo que, según todas las reglas de la perspectiva, debería quedar frente a la estirada mano derecha del hombre. Sólo que no hay nada ahí. ¿Se trataría acaso de un ave que pasó volando? ¿De una flor que alguien cortó? ¿De un pájaro que se aproxima? No se ve nada, y aun así su mirada está llena de comprensión, como si estuvieran a punto de obtener la respuesta agrídulce que Milosz ofreció a su propia interrogación a la vida (en el poema "Ya no"):

De la renuente materia,

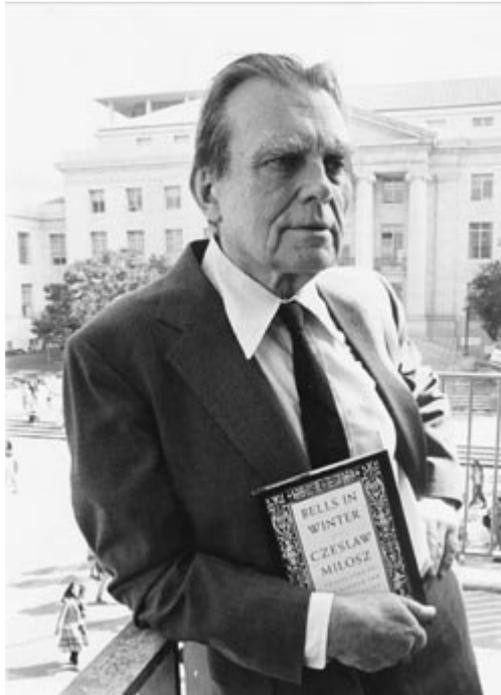
¿Qué se puede obtener? Nada, belleza a lo sumo.

Así pues, el cerezo en flor ha de bastarnos

Y los crisantemos y la luna llena.

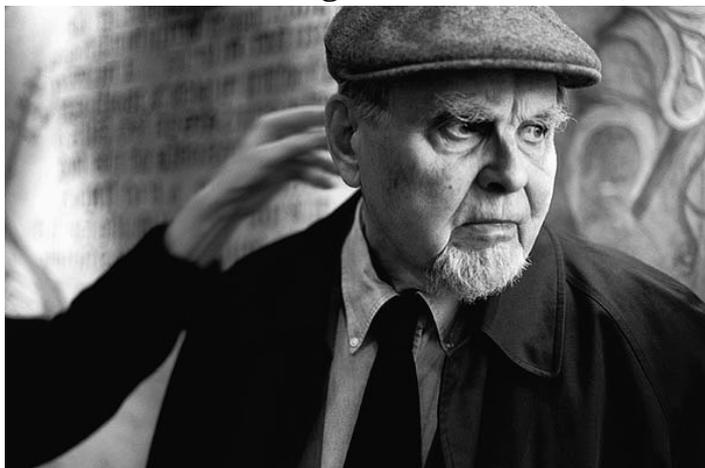
Me encontraba en nuestro jardín trasero, tomando el sol entre las flores, cuando llegó la llamada. La mañana lucía una plenitud californiana. Una ausencia de sombras que hacía recordar su poema "Don", escrito en Berkeley cuando cumplió los sesenta: "Un día tan feliz, / La bruma se dispersó temprano; me puse a trabajar en el jardín. / Los colibríes iban de una madreSelva en otra..." La acción de gracias y la admiración flotaban en el aire, y fácilmente me habría repetido aquella afirmación hecha por él en alguna entrevista, como comentario a su epigrama: "Se sentía agradecido, así que era incapaz de no creer en Dios." A fin de cuentas, Milosz aseveraba, "uno puede creer en Dios sólo por gratitud por todos los dones". Entonces, cuando me pasaron el teléfono inalámbrico y escuché la voz de Jerzy Jarniewicz, sabía ya cuáles serían las noticias; pero, como ya llevaba tiempo preparándome, no lograron derribarme. En cambio, la pena se dejó ir hasta alcanzar el territorio sempiterno de la poesía. Bajo la luz del sol de Dublín, la silueta del poeta en su jardín de la colina, en lo alto de la bahía de San Francisco, se hizo una con la silueta de Edipo, afanándose cuesta arriba por los bosques de Colono, antes de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos: al pestañear, lo vi ahí en toda su magnitud humana y su devoción; al pestañear de nuevo, había desaparecido, mas no estaba del todo ausente. Ahí y entonces, yo habría podido repetir las palabras del mensajero de Sófocles al dar su informe del incidente que, con todo y su misterio, quedaba circundado por el halo de una verdad común:

Se había perdido de vista:
Eso era todo lo que yo podía ver...
Ningún dios galopaba
En su carroza de fuego, ningún huracán
Había arrasado la colina. Podrán tildarme de loco
O de simple, pero ese hombre dejó este mundo
Bien preparado, cuesta abajo rumbo a la puerta
Emparejada de la casa de los muertos.



Czesław Miłosz / biografía

(Steinai (Lituania), 30 de junio de 1911 - Cracovia, 14 de agosto de 2004) fue un escritor polaco. Premio Nobel de Literatura en 1980. Su familia era originaria de Lituania, aunque de lengua, tradición y cultura



polaca. Durante toda su vida se mantuvo muy unido a la que consideraba su territorio histórico: el Gran Ducado de Lituania. Hijo de un ingeniero civil, cursó sus estudios superiores de derecho en Vilna. Miembro del grupo literario Żagary, debutó como escritor en 1930, publicando en esa década dos volúmenes de poesía: "Tres inviernos" y "Poema sobre el tiempo congelado" por el que

consiguió una beca para París donde trabó relación con el que sería una de sus mayores influencias literarias y filosóficas: su familiar y poeta francés de origen lituano Oscar Venceslas de Lubicz-Milosz. Trabajó en la Radio polaca. Durante la II Guerra Mundial y residió en Varsovia, donde prestó apoyo a los perseguidos por el régimen nazi.

Trabajo en el servicio diplomático de la "Polonia Popular" desde 1945 hasta 1951, cuando se exilió y fijó su residencia en Francia. Su evolución ideológica y posterior rechazo al régimen comunista polaco la plasmó en la colección de ensayos "El pensamiento cautivo". En 1953 recibió el Prix Littéraire Européen por su novela "El poder cambia de manos".

En 1960 se trasladó a Berkeley, Estados Unidos, invitado por la Universidad de California y fue allí desde 1961, profesor de Lenguas y Literatura Eslavas.

Recibió el título de Doctor Honoris Causa en Letras por la Universidad de Míchigan en 1977 y el Premio Nobel de Literatura en 1980.

Tomado de Wikipedia



Muestrario de Poesía

1. **La eternidad y un día y otros poemas** / Roberto Sosa
2. **El verbo nos ampare y otros poemas** / Hugo Lindo
3. **Canto de guerra de las cosas y otros poemas** / Joaquín Pasos
4. **Habitante del milagro y otros poemas** / Eduardo Carranza
5. **Propiedad del recuerdo y otros poemas** / Franklin Mises Burgos
6. **Poesía vertical (selección)** / Roberto Juarroz
7. **Para vivir mañana y otros poemas** / Washington Delgado.
8. **Haikus** / Matsuo Basho
9. **La última tarde en esta tierra y otros poemas** / Mahmud Darwish
10. **Elegía sin nombre y otros poemas** / Emilio Ballagas
11. **Carta del exiliado y otros poemas** / Ezra Pound
12. **Unidos por las manos y otros poemas** / Carlos Drummond de Andrade
13. **Oda a nadie y otros poemas** / Hans Magnus Enzensberger
14. **Entender el rugido del tigre** / Aimé Césaire
15. **Poesía árabe** / Antología de 16 poetas árabes contemporáneos
16. **Voy a nombrar las cosas y otros poemas** / Eliseo Diego
17. **Muero de sed ante la fuente y otros poemas** / Tom Raworth
18. **Estoy de pie en un sueño y otros poemas** / Ana Istarú
19. **Señal de identidad y otros poemas** / Norberto James Rawlings
20. **Puedo sentirla viniendo de lejos** / Derek Walcott
21. **Epístola a los poetas que vendrán** / Manuel Scorza
22. **Antología de Spoon River** / Edgar Lee Masters
23. **Beso para la Mujer de Lot y otros poemas** / Carlos Martínez Rivas
24. **Antología esencial** / Joseph Brodsky
25. **El hombre al margen y otros poemas** / Heberto Padilla
26. **Réquiem y otros poemas** / Ana Ajmátova
27. **La novia mecánica y otros poemas** / Jerome Rothenberg
28. **La lengua de las cosas y otros poemas** / José Emilio Pacheco
29. **La tierra baldía y otros poemas** / T.S. Eliot
30. **El adivinador de hojas y otros poemas** / Odysseas Elytis
31. **Las ventajas de aprender y otros poemas** / Kenneth Rexroth
32. **Nunca de ti, ciudad y otros poemas** / Czesław Miłosz



Colección

**Mostrario de
Poesía**

2009